

Antonio Pellicer Paraire

## CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

### CUARTA CONFERENCIA

#### RELIGIÓN

Continuando el juicio crítico de la sociedad humana, y conforme el orden de temas propuestos en la última conferencia, corresponde ocuparnos de la religión en primer término. En verdad que, después de explicar lo que es la Naturaleza, casi debiera considerarse inútil discurrir respecto de la idea religiosa; pero ella ha desempeñado tan importante papel en la historia humana, y tan arraigada se halla todavía en las presentes generaciones, que no podemos prescindir de su especial examen.

Religión es la creencia en la divinidad, en un poder sobrenatural que gobierna todas las cosas, que todo lo que es de ella dimana, y consiguientemente los deberes, las prácticas para su adoración, su culto.

¿Y qué dice la Ciencia, la única verdad demostrada y demostrable? ¿cuáles son sus enseñanzas? Que la concepción de la nada, como la de la creación, son un perfecto absurdo; que la eterna materia, en incesante movimiento, llena el ilimitado espacio; que por la movilidad se opera el transformismo de todos los cuerpos; que unas formas se destruyen y otras se engendran; que desde el mineral hasta el organismo de los animales superiores, todo se modifica y cambia; que el universo entero se rige por leyes constantes, nunca arbitrarias, y que no se encuentra ningún poder ni fuerza alguna extraños a la Naturaleza.

Todo esto lo hemos explicado, y también que la idea de los seres creadores y gobernadores de los mundos y de las cosas y animales y personas

surgió en la mente del hombre por el deseo de saber las causas productoras de tantas maravillas, y que, por su ignorancia, por la falta de medios de comprobación, no pudiendo comprender y adivinar la sublimidad de la materia, hubo de concebir monstruosos e invisibles seres entretenidos en el juego de los astros y de los elementos, y aún en la caprichosa diversión de atormentar o complacer a las infelices criaturas que vagaban por la superficie de nuestro globo. La misma facultad pensante, el despertamiento de la razón en el hombre, sus excelentes medios de expresión, hubieronle de causar un asombro tan grande, que no es difícil concebir se creyera un ser privilegiado, no ya hijo de la tierra, como los demás animales, sino originario de las misteriosas deidades soberanas y creadoras de todo. Y exaltándose su imaginación de esta suerte, fue elaborando mitologías, y también su servidumbre para con los dioses que inventara, acabando la humanidad por convencerse ser verdades innegables esas fantasías de la ignorancia.

De este modo la vaga e indeterminada superstición primitiva en el transcurso de los siglos se convierte en una ingeniosa producción artística, filosófica, social, de tanto relieve, que adquiere caracteres reales para los preocupados seres que, sin prevención ni espíritu analítico, se dejan absorber por la grandiosidad de la concepción y por la magnificencia del culto, doblemente impresionante por la continua alabanza y por la idea del castigo ineludible del rebelde a la ley divina.

Los teólogos y metafísicos sostienen que una idea tan antigua como la idea religiosa puede estimarse como prueba suficiente de verdad. Pero, como dice Bakounin, "la antigüedad de una creencia, de una idea, lejos de probar nada en su favor, nos conduce a sospechar de ella. Hasta la época en que florecieron Copérnico y Galileo, todo el mundo creía que el sol giraba alrededor de la tierra, y, sin embargo, todo el mundo estaba en un error. Tras nosotros queda la animalidad; la humanidad es el faro luminoso que va siempre delante de nosotros. La razón humana, la única cosa que nos da vida, conciencia y ciencia; la única cosa que puede emanciparnos, darnos dignidad, libertad, felicidad; la única cosa capaz de realizar la fraternidad entre nosotros; nunca -relativamente a la época en que vivimos- se halla al principio, sino al fin de la historia".

También la universalidad de las preocupaciones religiosas ha inducido a afirmar que la religiosidad es innata en el hombre. ¿Cómo comprender que de lo que no existe, de lo que no está en la Naturaleza, se forme un sentimiento? Si la Ciencia, si la razón, no encuentra a Dios, ¿cómo creer que la religiosidad sea innata, natural? De lo que no existe no puede haber reflejos, revelaciones, inducciones, ni deducciones. Si los salvajes, si los pueblos bárbaros se manifiestan religiosos, ello queda explicado por su ignorancia, no por su razón;

y precisamente cuando la cultura humana ha llegado al punto de poder abandonar las quimeras y errores primitivos, que se ha hecho Ciencia, es cuando Dios se discute, cuando se le niega.

Como último refugio de los hipócritas, y también de los creyentes, es mantener viva la idea de que sólo en la religión se halla la moral: esto es, ya que no sea una verdad, al menos una conveniencia social. Mas al argumento no resiste el análisis; pues si la religión es una invención del hombre, toda moral que contenga claro es que el hombre se la ha injertado; y, en consecuencia, la moral religiosa no es otra que la bondad natural, la moral humana, independientemente de toda religión. Esto admitiendo por un momento que lo que se llama moral lo sea verdaderamente, y no cambiante, pues es ya muy sabido que muchas cosas que ayer se consideraban morales hoy no lo son. Por tanto, tampoco es la religión una conveniencia social, ya que la moral no es del exclusivo dominio religioso, sino que subsiste fuera de él perfectamente.

Con esto contestamos a la moral positiva que puedan contener las doctrinas de todas las religiones y que los clérigos debieran practicar en primer término para ser consecuentes con su profesión de fe, si fuese sincera. Pero un hecho notabilísimo es que los cuerpos sacerdotales de todos los cultos se han conducido y conducen de muy distinta manera que la moral de sus doctrinas. Ellos propagan la caridad, el amor al semejante, el desprecio de todo lo material, porque ante Dios, la suma pureza, los goces materiales son pecaminosos, y sólo el espíritu puro, generoso, alcanza la celestial dicha. Y desde las más altas jerarquías eclesiásticas al último monaguillo –excepto algún pobre diablo que cree con fe absoluta, aun se le ridiculiza por su consecuencia- acaparan todas las posibles riquezas, viven con un lujo de comodidades que asombra y se enseñorean de todo; aconsejan la pobreza, y son ricos; predicán el amor a sus semejantes, y se cansan de sacrificar a las gentes; afirman que de todas las vidas dispone Dios, y ellos las extirpan con crueldad infinita. Entonces la moral práctica religiosa es tan vituperable, que ofusca, inutiliza cuantos preceptos de moral universal contenga. Y como la historia demuestra que este mal no es una excepción, sino que de él adolecen todas las religiones, en todas las épocas, no puede admitirse de ningún modo cierta su misión moralizadora, y bien al contrario, deben considerarse como instituciones funestísimas para la humanidad.

El profundo pensador ya citado, Bakounin, con aquel bello y elocuente estilo que le distingue, sintetiza en un párrafo toda la perversidad religiosa. “¿Será necesario repetir –exclama- de qué manera y en qué proporción las religiones envilecen y corrompen a los pueblos? Ellas destruyen su razón, el principal instrumento de la emancipación humana, y la reducen a la imbecilidad, la condición esencial de la esclavitud; deshonran el trabajo del

hombre, y lo hacen signo y origen de servidumbre; matan el sentimiento y la noción de la justicia humana, inclinando la balanza del lado de los bribones triunfantes, seres privilegiados de la divina indulgencia; aniquilan la dignidad y el orgullo humano, y protegen tan sólo la bajeza y la humillación; finalmente, sofocan en el corazón de las naciones todo sentimiento de fraternidad, reemplazándolo con el de la crueldad. Todas las religiones carecen de entrañas; todas se han arraigado por el derramamiento de sangre; todas descansan principalmente en la idea del sacrificio, en la inmolación perpetua de la humanidad a la iracunda venganza de los dioses”.

Con la historia en la mano puede demostrarse la verdad de estas afirmaciones, y todo el mundo puede consultarla. Sería muy larga tarea para nosotros acumular tantas citas históricas en nuestro trabajo como convendría. Por otra parte, numerosos hechos son del dominio general, para convencerse todos de la crueldad religiosa: los sacrificios mejicanos, los autos de fe en España, la Inquisición pavorosa, la matanza de hugonotes en Francia, los tremendos horrores con que se inició la iglesia anglicana, la persecución de la raza judía, el martirio y asesinato de las más grandes lumbreras de la humanidad, especialmente en Italia, como Giordano Bruno; el aniquilamiento de pueblos por papas, zares, sultanes y todos los jefes de iglesias, y tantos sucesos que podrían recordarse forzando un poco la memoria, sin necesidad de abrir un libro, son suficientes para evidenciar que la obra religiosa es una obra de barbarie. Ella, la religión, ha sido firmísima base de todos los autoritarismos; todas las instituciones opresoras han contado con ella para esclavizar a los pueblos; ella es el origen y sostén de cuanto en la sociedad ocasiona insoportable malestar.

Ahora bien: ¿con qué título puede pretenderse que la religión sea buena base social si su nacimiento es la ignorancia, su historia un crimen, su moral práctica una perversidad? Absolutamente con ninguno.

Hora es ya de que la Ciencia penetre en todos los cerebros, y se convenzan los pueblos de una vez para siempre: que las religiones no tienen razón de ser, porque se fundan en lo sobrenatural, y fuera de la Naturaleza nada existe; que la bondad humana depende de la organización del ser, de las condiciones naturales de vida, de su perfectibilidad y de su ilustración; y que, siendo todas las religiones contrarias a la razón, al progreso, a la justicia, a la igualdad, a la libertad y al bienestar humano, no pueden admitirse como base de una sociedad verdaderamente civilizada.

# AUTORIDAD

Veamos ahora si el principio de autoridad es más afortunado.

Autoridad ¿qué es? Según el concepto público, y también conforme se define en diccionarios, es: “poder, potestad, dominio, imperio, facultad, derecho de mandar, de obligar a hacer alguna cosa”. Nada de esto concuerda con el régimen de igualdad y libertad, circunstancia esencial para que la sociedad cumpla su natural objetivo, como tantas veces se ha expuesto. Todo poder, todo dominio, todo derecho de imposición, implica un privilegio en los que ejercen esa autoridad, y una sujeción para los que están obligados a la obediencia. Si uno tiene el derecho de mandar, otro tiene el deber de obedecer; y entre el que manda y el que obedece no puede coexistir de ningún modo la igualdad; y sin la perfecta igualdad, la libertad es imposible; y no habiendo libertad ni igualdad, no hay fraternidad ni bienestar social.

Este sencillo y lógico raciocinio es bastante para repudiar el principio de autoridad; pero la cuestión es tan seria y trascendental, que obliga a analizarla con más amplitud.

Probablemente la autoridad se implantó ya en las primeras agrupaciones humanas, a la manera como rige en las especies simias, cuyas hordas son gobernadas por los individuos de más fortaleza y energía; es decir, por el derecho brutal de la fuerza. El hecho es perfectamente explicable: en una sociedad salvaje, como forzosamente tenía que ser la humana en sus primeros agrupamientos, no puede imperar más que la animalidad pura, la brutalidad. De otro modo se habría de suponer una conciencia y una razón propias de una sociedad más elevada. Además, si se observan esas tribus africanas y australianas todavía subsistentes, que parecen hallarse aún en la verdadera infancia del hombre, la probabilidad se convierte en realidad: esas tribus, como ya lo hemos dicho antes, apenas se diferencian de las hordas de gorilas y de chimpancés, y muchos científicos prueban que el chimpancé es más perfecto y capaz que el indígena australiano. Pues esas sociedades se hallan constituidas, poco más o menos, como nuestros parientes simios, dominadas por jefes, los más valientes, robustos y astutos; para ellos son los frutos y manjares más sabrosos; para ellos las mujeres más hermosas; para ellos todo lo mejor; ellos lo monopolizan todo; son dueños de vidas y haciendas; repudian cuanto no les es útil, y reservan para sí lo que les es agradable. Un verdadero feudalismo, en una palabra, con unas formas más brutales.

Iniciado así el autoritarismo en las primeras agrupaciones, se desarrollaron en unos las tendencias impositivas, y en los otros, los débiles, los hábitos de la servidumbre, hasta el extremo, como sucede aún entre los cafres, que el inferior saluda al superior con estas palabras: “Tu eres mi jefe y yo soy tu perro”.

Describir todas las evoluciones del principio de autoridad, las formas que ha revestido hasta la época presente, equivaldría a explicar toda la historia de la humanidad, lo que no es menester tampoco para nuestro objetivo. Nos convenía, sí, explicarnos cómo esa calamidad social que se llama *autoridad* se estableció entre los hombres; y, según las anteriores indicaciones, nos damos cuenta de que su origen es la animalidad, la inconsciencia, el salvajismo. Por muy natural que el hecho sea, siempre resulta que el autoritarismo es la brutalidad del más fuerte, y *la razón de la fuerza* no puede constituir un título para la sociedad civilizada, que debe tener por lema *la fuerza de la razón*.

Y la sola razón natural, a medida del desarrollo progresivo del hombre, fue la que se rebeló contra la opresión salvaje del más fuerte, estableciéndose un dualismo encarnizado entre el principio de autoridad y el de libertad; guerra a muerte, guerra que no puede cesar sin que desaparezca uno de los dos, y cuya victoria tiene asegurada la libertad, porque ella es la verdad, la razón, la dignidad, la vida, mientras que la autoridad es la ignorancia, la barbarie, el servilismo, la esclavitud, la miseria, la muerte.

Una habilísima metafísica ha pretendido aliar los dos conceptos autoridad y libertad, reglamentado los límites de una y otra y presentando la obra como el más grande descubrimiento para el bienestar humano; pero los hechos, más elocuentes que esas capciosas teorías, han demostrado la imposibilidad de este consorcio. Muy bien dijo Proudhon: “La autoridad y la libertad son los dos polos de la política: su oposición antitética, diametral, contradictoria, nos da la seguridad de que es imposible un tercer término, de que no existe: entre el sí y el no, del mismo modo que el ser y el no ser, no admite nada la lógica”.

Todos los sistemas de gobierno se han ensayado, desde el personal, absoluto, hasta el democrático, con el referendum inclusive, esto es, la sanción o veto popular a las leyes; y, sin embargo, el malestar social continúa, el antagonismo de la libertad con la autoridad es cada vez más vivo, la guerra no cesa, a pesar de que el autoritarismo se bate ya en retirada.

La verdad es que si los pueblos se han dejado encantar por las sirenas autoritarias en cada transformación gubernamental –cambios operados para contener la rebelión popular- bien pronto se han desencantado ante la práctica, convenciéndose de que las diferencias de los sistemas políticos son más aparentes que reales. En efecto, lo mismo en Suiza que en Alemania, en

Francia que en Inglaterra, sufren los pueblos la presión de los poderes políticos, religiosos, económicos y militares; siempre unas clases privilegiadas monopolizándolo todo, siempre sujetas al potro de la miseria y esclavitud las masas obreras. Tendrán más derechos políticos unas naciones que otras, derechos conquistados por la revolución, y tolerados mientras no ataquen las prerrogativas de los poderosos, pero esos derechos no alteran fundamentalmente la misera condición del pueblo; y cuando éste reclama con energía, la fuerza brutal de los cañones se encarga de imponer silencio, ya acontezca el hecho en la gran república modelo norte-americana o en Rusia.

Es axiomático que “todo poder político, como dice Bakounin, cualquiera que sea la denominación y la forma exterior, está animado de un odio natural, instintivo, contra la libertad. Su práctica cotidiana le conduce forzosamente a la necesidad de restringir, disminuir, abatir, lenta o violentamente, según las circunstancias y los tiempos, la espontaneidad de las masas gobernadas, y esta negación de la libertad se extiende siempre y por todas partes tan lejos como las condiciones políticas y sociales del medio y el espíritu de las poblaciones lo permiten”.

Los propagandistas del Estado que se califican a sí propios de liberales – aparentando ignorar esta verdad constante- sostienen aún que en las naciones democráticas la tiranía no existe, porque el pueblo se rige por las leyes que él mismo se da por medio del sufragio universal. Esto es pura ficción, verdadera farsa. En todas las repúblicas sólo una mínima parte de la sociedad sufraga; la mayor parte de ciudadanos y ciudadanas no autorizan a nadie, directa ni indirectamente, para gobernarle, hacer leyes y sancionarlas. Y de la minoría que hace el juego de los opresores, se ha de descontar las cábalas, la influencia, los resortes que toca el oficialismo para imponer su voluntad, corrompiendo todo propósito honrado de los pocos que aún confían en la sinceridad del Estado. Comínense como se quiera las estadísticas, siempre se llegará a la conclusión de que sólo una interesada minoría, y unos pocos inocentes que sirven de comparsas, son los que autorizan a un grupito de vividores que impongan la ley a su autoridad al país.

Descubierta esta farsa por los hombres expertos, acorralados los partidarios de la autoridad en las últimas trincheras, no pudiendo ya valer ni el derecho brutal de la fuerza, ni los pergaminos, ni la sangre azul, ni los derechos hereditarios para gobernar a los pueblos, ante una mejor conciencia social, presentan su último argumento, cual espantajo, de que la sociedad, sin autoridad, sin leyes, no podría subsistir, no habría garantías para nada ni para nadie: resurgiría el barbarismo, el caos !...

Afortunadamente se oye esto como quien oye llover: causa el mismo efecto que la carabina de Ambrosio. No en balde han pasado las revoluciones

derrocando imperios y monarquías y repúblicas cual furioso huracán, subsistiendo firme el espíritu social, la sociedad. A cualquiera se le alcanza que, si sólo las leyes y el Estado fuesen la fuerza mantenedora de la armonía social, ha tiempo que la sociedad no existiría. Aquí viene bien recordar aquella frase del gran humanista Vives: “¿Qué niño o viejezuela ignora que los mayores imperios se afirman con el consentimiento de los vasallos, y que nada serían si nadie obedeciera?”. La sociedad subsiste por naturaleza, por conveniencia general y particular, jamás por la acción del Estado, que no hace más que perturbarla, garantizando únicamente el monopolio y la opresión. Si quedan en pie todavía las instituciones autoritarias, es porque aún es mucha la ignorancia, que con empeño inaudito mantienen curas, legisladores, jueces, capitalistas, militares, solidarios todos en esa funesta obra, para que la razón del pueblo no despierte completamente libre de preocupaciones y absurdos, y tenga fija la mirada en lo alto, constante la resignación abajo, o sea, en una palabra, servil y estúpido. Y precisamente se consagran con tanto afán a esa tarea, porque tienen el pleno convencimiento, no de que se desquiciara la sociedad, si la razón despertase, sino de que el dominio de los privilegios habría acabado, a pesar de los cañones, pues las lanzas se vuelven cañas ante la decisión de la avalancha popular que tiene conciencia de su poder.

El núcleo sostenedor de todos los privilegios es el Estado. Y bien: ¿qué es el Estado? He aquí una magnífica síntesis debida a Juan Bovio: “Orgullo y altanero con los súbditos, envidioso con el vecino, el Estado es la opresión dentro y la guerra al exterior. Con el pretexto de ser el órgano de la seguridad pública, es, por necesidad, despojador y violento; con el pretexto de custodiar la paz en los ciudadanos y las partes, es el provocador de guerras vecinas y lejanas; llama bondad a la obediencia, orden al silencio, expansión a la destrucción, civilización al disimulo. Es, como la Iglesia, hijo de la común ignorancia y de la debilidad de los más. A los hombres adultos se manifiesta tal cual es: el mayor enemigo del hombre, desde el nacimiento a la muerte... Justificad el Estado como queráis, consagradlo, transportando a él el Dios sustraído a la Iglesia; hacedlo güelfo, gibelino, burgués, monárquico o republicano, y siempre tendréis que daros cuenta de que tenéis al cuello un tirano, contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y de la naturaleza”. ¿Y eso es lo que puede garantizar la armonía social, producir el bienestar de la humanidad? Y no se diga que la pintura es de tonos exagerados, porque basta abrir la historia, y, siglo tras siglo, se verá reproducida. Hoy, a pesar del progreso efectuado, de imponer al Estado muchas restricciones, ha convertido las naciones en enormes cuerteles, a los hombres en instrumentos de guerra, extenuando al productor y sacrificando millares de jóvenes en luchas que no tienen otro objetivo que la usurpación de territorios de otros



Estados. ¿Qué lógica hay en tolerar ese cáncer social? La sociedad tiene necesidad del Estado, que tan caro cuesta y tan ingrato y cruel es.

Basta lo expuesto para concluir que el hombre libre es por naturaleza y libre debe ser; que el principio de autoridad, nacido del barbarismo y manteniéndose siempre opresor, es absolutamente contrario a la libertad, a la fraternidad y a la igualdad sociales; y, por tanto, no conviene ni puede admitirse como base de la sociedad.

En la próxima conferencia trataremos la cuestión de la propiedad y la del militarismo.